

Entre los Amazulus la creencia en la vuelta de los antepasados bajo la forma de serpientes no ha dado lugar al culto de éstas en calidad de tales; los sacrificios que se les ofrecen yacen confundidos con los que se dirigen á los espíritus de los antepasados. Hallamos todavía entre otros pueblos ideas análogas formadas probablemente de la misma manera, que no han tomado de una manera precisa el color religioso; así Nuño de Guzman nos dice que «en la provincia de Culiacan se encontraban serpientes domesticadas en las viviendas de los naturales, quienes las temian y honraban.» Pero con el auxilio de esta clave nosotros descubrimos al lado de una civilización avanzada, constituido el culto de las serpientes. La ofidiolatría reina más especialmente en los países cálidos; en ellos ciertas especies de serpientes se esconden en los rincones oscuros de los aposentos y hasta en sus camas. La India nos ofrece de ello un evidente ejemplo. Los dioses-serpientes son allí comunes; y la serpiente más habitualmente representada en las esculturas como un dios, es la cobra. Sea en su forma natural, sea unida á un cuerpo humano, la cobra con su capuchon erizado en actitud de luchar, recibe la adoración en un gran número de templos; y si queremos saber de donde esto proviene, veremos que la cobra se introduce en las casas con mucha frecuencia. Tenemos otra prueba de este aserto en el áspid de Egipto, especie de cobra. El áspid figura por do quiera en las pinturas y esculturas sagradas de Egipto; se le reverenciaba en toda la extensión del país; era un huésped de los jardines y de las casas y se mostraba familiar hasta el punto de llegarse, á una señal, á tomar los alimentos que de la mesa se le daban (1).

Lo mismo sucede con algunos animales que habitan las casas. En una gran parte del país los lagartos se deslizan á la vivienda del hombre; también hallamos que entre los Amazulus, las mujeres viejas toman la forma del «Isalukazana», especie de lagarto. Yo no he podido averiguar si la creencia de los naturales de Nueva-Zelanda en que el espíritu de sus antepasados vuelve á visitarles bajo la forma de lagartos, tiene por origen á los lagartos que penetran en sus casas.

(1) Después de escrito este pasaje he vuelto á leer el ensayo de M. Lennan sobre el culto de los animales, y he hallado en él un hecho que confirma esta opinión. He subrayado las palabras más características del pasaje que cito: «En prueba de esta superstición, hay dos artículos en el tratado concluido y ratificado por el cónsul de S. M. Británica para la ensenada de Biafra y la isla de Fernando Poo, el día 17 de Noviembre de 1856; hé ahí uno: «Art. 12 Atendido que los blancos han destruido por ignorancia una cierta especie de boas constrictores que visitan las casas y que es ju-yu ó sagrada para los Brassmen, y que por consecuencia de ello el comercio ha sido suspendido, y que los naturales han concebido sentimientos hostiles, desde este momento queda prohibido á los ingleses hacer ningun daño á estas serpientes ó destruirlas.»

Debemos igualmente contar á la avispa en el número de los animales cuya forma toman los muertos, pues por los Amazulus sabemos que la avispa es un insecto que frecuentemente se mezcla y confunde en el círculo de la familia para tomar su parte en los manjares de la comida. Al lado de esta creencia colocaré un curioso pasaje entresacado de la leyenda del diluvio entre los Babilonios. Hasisadra, describiendo el sacrificio que ofreció después del diluvio, dice: «Mientras ardía, los dioses se juntaron, los dioses se juntaron mientras él ardía esparciendo aromas; los dioses parecidos á las moscas alrededor del sacrificio.» Otro ejemplo; la paloma es uno de los animales familiares á quienes se unen las mismas ideas. Mr. Lennan, hablando de la zoolatría entre los antiguos, observa que «la paloma es en realidad... un dios tan importante como la serpiente.» El simbolismo cristiano, todavía en vigor, nos ofrece un ejemplo de persistir esta creencia en la existencia de un espíritu en la paloma.

Existen ideas análogas nada difíciles de comprender. En los países en que hay la costumbre de enterrar á los muertos en casa, el espíritu solo frecuenta un sitio determinado. Se cree unas veces, que el espíritu visita la habitación que ha abandonado, ó bien que reside en el mismo sitio en que yace su cuerpo. Si, pues, se supone que los animales que visitan frecuentemente las habitaciones son antepasados transformados, ¿por qué no ha de suponerse que los seres que se encuentran ordinariamente junto á los cuerpos son las formas animales escogidas por el muerto para su morada?

Podemos concluir que se adoptará esta creencia, y tenemos pruebas de que se ha adoptado. Hemos visto que la costumbre de enterrar los muertos en las cavernas reinaba entre los pueblos primitivos. ¿Cuáles son los animales que de ordinario se encuentran en estos sombríos lugares? Más especialmente, aquellos que huyen de la luz, los murciélagos y los buhos. Cuando no hay bosques ni árboles huecos, las grietas y las cavernas son los lugares donde estos animales nocturnos permanecen la mayor parte del tiempo, y con frecuencia son en ellos muy numerosos. Un viajero que ha explorado la caverna egipcia llamada de Crocodilópolis á causa de las momias embalsamadas que contiene, me dijo que le faltó poco para ser sofocado por el polvo levantado por los murciélagos que apagaron las antorchas con el viento de sus alas. Unid á estos datos el siguiente pasaje de la leyenda de Izdubar, traducida por Mr. Smith:

«Volvemos de Hades, la tierra que yo conozco, de la morada de los muer-

»tos; de la residencia que no tiene salida; del camino por el cual no vuelven
»los que lo han recorrido; de los lugares donde se suspira al anochecer, en
»donde no hay otro alimento que polvo y cieno. Los jefes también, como las
»aves, llevan alas.»

En la exposición que Mr. Talbot hace de la leyenda de Ishtar, el infierno está representado por «una caverna de rocas enormes,» vemos que es «la mansión de las tinieblas y del hambre, donde no hay otro alimento que la tierra ni otros manjares que la arcilla; donde no se vé el día; donde se permanece constantemente en la oscuridad; los espíritus, como las aves, batan sus alas.» Aparte algunas ligeras diferencias, el acuerdo sobre la naturaleza del lugar, que es una caverna, sobre la oscuridad que en ella reina, sobre la falta de alimentos, sobre el polvo que la llena y sobre la forma alada de sus habitantes, indican claramente cómo la caverna sepulcral y los animales que la habitan se han confundido, por efecto del desarrollo de la idea del infierno, con los espíritus que lo habitan. De la misma manera que, según hemos visto ya, la palabra *scheol* significando primero una caverna ha acabado por extenderse á un mundo subterráneo, así también vemos que los seres alados que de ordinario se encuentran en la caverna junto á los cuerpos, y que se suponen ser de los muertos transformados, han dado nacimiento á los espíritus alados que habitan el mundo subterráneo. La realidad de esta hipótesis la hallamos en un pasaje de la Biblia ya citado, en donde se dice que los hechiceros, á los cuales se hace alusión y que consultan á los muertos, exhalan gritos como los del murciélago; y es que sus artificios, parecidos á los de los adivinos zulús, tenían el mismo objeto. «Estos ventrílocuos, dice Delitzch, imitaban los chillidos de los murciélagos, los cuales se creían procedentes de las sombras del infierno.» Hallamos otra confirmación en las leyendas de los Griegos, las cuales se formaron en las propias condiciones en los países vecinos. Vemos en la *Odisea* que los espíritus de los muertos murmuran como los murciélagos y exhalan chillidos como los de las aves azoradas (1).

La experiencia que ha enseñado que los murciélagos habitaban las cavernas

(1) Después de impreso este pasaje, he hallado en los *Voyages aux Philippines* de M. F. Jagor un hecho que lo confirma. Antes de la conquista del país por los Europeos, las ideas y las costumbres relativas al culto de los antepasados estaban muy desarrolladas entre los habitantes; antiguamente inhumaban los muertos en las cavernas que miraban como sagradas. Mr. Jagor cuenta su visita á una caverna «habitada por una multitud de murciélagos.» El escaso número de naturales que osaron penetrar en ella «estaban en un estado de evidente desazon, y no olvidaron ante todo el recomendarse unos á otros el respeto que era necesario mostrar á *Calapnitum*, esto es, «al señor de los murciélagos.»—Página 169.

nas casi constantemente y en gran número, mientras que los buhos se albergaban en los oscuros rincones de las casas abandonadas, es tal vez la causa de la diferencia introducida en las ideas asociadas á la presencia de estos animales. En árabe se llama al buho «la madre de las ruinas.» Mr. Talbot, en sus traducciones de los textos que explican las creencias religiosas de los Asirios, cita la siguiente plegaria que se pronunciaba cuando un hombre moría. «Pueda ella (el alma) como una ave, volar hácia un lugar elevado!» Añadamos que los antiguos, como los modernos Árabes, preferían sepultar sus muertos en los sitios elevados, cuando esto era posible. Añadamos también el siguiente pasaje sacado del *Essai sur l'histoire des Arabes*, de Perceval:

«En su opinión, el alma, al salir del cuerpo, se remontaba bajo la forma de una ave llamada *Hama* ó *Sada* (especie de buho), y no cesaba de volar alrededor de la tumba, arrojando lastimeros gritos.»

Los mismos Egipcios, que también conocían á estos animales de las cavernas y de las ruinas, creían que las almas tenían alas. En una de sus pinturas murales que Wilkinson nos ha dado á conocer, se vé sobre el cadáver una ave con cabeza humana, pronta á remontar el vuelo llevando consigo el signo de la vida y el símbolo de la transmigración. Añadamos que sobre las celdas de las momias los Egipcios representaban una ave con las alas desplegadas, ó con cabeza humana, ó un símbolo alado. Vemos, pues, que también admitían que los animales que de ordinario se encuentran en los alrededores de los lugares en que yacían los muertos, tenían las formas por estos muertos adoptadas. Es posible que los antiguos pueblos de Oriente no tuviesen un conocimiento bastante de las metamorfosis para ser sorprendidos por la ilusoria analogía con la cual los modernos teólogos han metido tanto ruido; pero existe una variedad de estas metamorfosis que les habrían podido suministrar una analogía perfecta si la hubiesen observado. Entre un gran número de falenas, la larva tiene la costumbre de hundirse en la tierra, y algún tiempo después se encuentra al lado de la envoltura de la crisálida un animal alado. ¿Por qué, pues, no podría creerse que el animal alado que se encuentra junto al cadáver del hombre enterrado en una caverna proviene de este cadáver (1)?

(1) En un principio los espíritus, que no se dividen en buenos y malos, eran considerados por los hombres como dioses, demonios, ángeles. La diferenciación de que acabaron por ser objeto iba naturalmente acompañada de creencias especiales relativas á las formas aladas que tomaban. No parece, pues, improbable que si el buho con sus alas cubiertas de pluma ha dado lugar á la idea de un espíritu bueno ó del ángel, el murciélago con sus alas membranosas lo haya dado á la de un espíritu malo ó demonio.

Antes de ocuparnos de las transformaciones supuestas que formaban un tercer género y que se parecen á las precedentes en que establecen la identidad de los animales con los hombres fallecidos, pero que se diferencian de ellas en que nacen de otro orden de ideas, fáltanos explicar dos cosas: el idioma primitivo y los nombres primitivos. El número de palabras de que se sirve un salvaje como signo de sus ideas es muy corto. En su consecuencia, si las cosas y los actos que pasan en torno suyo son numerosos, solo un pequeño número de ellos pueden tener signo, ó en otro caso es necesario que estos signos puedan aplicarse indistintamente á cosas y actos diferentes. Si los Dacotahs, como nos dice Burton, «expresan los colores por medio de una comparacion con algun objeto que se tiene á la vista,» debe darse con frecuencia el caso de que se tome una afirmacion sobre un color por una afirmacion sobre el objeto al cual se refiere el lenguaje. Si en el dialecto bongo, como nos lo enseña Schweinfurth, una sola palabra significa «sombra» ó «nube,» otra «lluvia» ó «cielo,» otra «noche» ú «hoy,» precisa adivinar en parte el sentido de las frases, y se está expuesto á equivocarse con frecuencia.

La falta de precision que implica la escasez de palabras la implica tambien de otra parte la falta de palabras expresivas de cantidad ó grado. Cuando se pregunta á un Damara, mostrándole dos distancias, si la primera es más larga que la segunda, no llega á comprender. Es necesario someterle la cuestion de la manera siguiente: ¿La más apartada es pequeña; la más aproximada larga? y la sola respuesta que da es: «lo es» ó «no lo es.» Algunas veces, entre los Abipones, por ejemplo, el solo medio de expresar los superlativos es el de elevar la voz. Despues, la duda que acerca del sentido de las frases resulta de esta falta de precision, se vuelve mayor aun por efecto de los cambios que se operan rápidamente en los dialectos primitivos. Las supersticiones dan lugar con frecuencia á la sustitucion de las palabras primitivamente empleadas, por otras nuevas; por consiguiente, las sentencias usadas por una generacion, expresadas de una manera diversa en la siguiente, son mal interpretadas.

La incoherencia es otra causa de confusion. Spitz y Martius cuentan que en los idiomas aborígenes del Brasil meridional «no hay declinacion ni conjugacion, ni ménos aun construccion regular de frases. Se habla siempre en infinitivo con los pronombres y los sustantivos, y la mayor parte de las veces sin servirse de éstos. El acento cargando más especialmente sobre la segunda sílaba, la lentitud ó rapidez de la pronunciacion, ciertos signos de la mano, de la boca ú otros gestos son indispensables para completar el sentido de la frase. Si, por ejemplo, el indio quiere decir: Yo quiero ir al bosque, dice: *bosque-ir*, vol-

viendo la boca hácia el punto que quiere visitar.» Es evidente que estos pueblos no sabrian comunicar ninguna proposicion que implicara un acto medianamente preciso de distincion.

La relativa homogeneidad del discurso primitivo que supone la falta de terminaciones modificativas de las palabras ó de los auxiliares que hacen sus veces, está además implicada por la falta de palabras generales y abstractas. Dobrizhoffer nos dice que los Abipones y los Quaranos «carecen del verbo ser. Tampoco tienen el verbo haber. Carecen de palabras para expresar hombre, cuerpo, dios, lugar, tiempo, nunca, siempre, por todas partes.» Lichtenstein nos enseña que el idioma cafre no tiene «artículo propiamente dicho, ni verbo auxiliar, ni inflexion en sus verbos ni en los sustantivos. La proposicion abstracta simple: *yo soy*, no puede expresarse en esta lengua.

Con esta comprobacion *a posteriori* de la proposicion que *a priori* pudimos anunciar, es decir, que el lenguaje primitivo es pobre, incoherente, indefinido, podemos tambien anticipar un considerable número de creencias falsas nacidas de errores de interpretacion. Leemos en Dobrizhoffer que, «entre los Guaranis, *Abache* tiene tres sentidos: yo soy un *Guarani*, yo soy un *hombre*, yo soy un *marido*; y es el decurso de la conversacion el que fija el sentido que se quiere dar á la palabra.» ¿Qué puede sacarse de tradiciones expresadas en un lenguaje semejante? Seguramente se producirán en ellas variaciones innumerables que las desfiguren.

Los hombres no siempre han tenido nombres propios: el nombre propio es un resultado del progreso. El salvaje, sin espíritu de invencion, no ha tenido nunca la idea de distinguir una persona de otra por medio de sonidos particulares. Se ha designado un individuo, en un principio, por alguna cosa que tenia relacion con él, cuyo nombre suscitaba el recuerdo de este individuo, un incidente, una relacion de juxtaponcion, un rasgo personal.

Se admite generalmente que los primeros apellidos lo han sido de nombres descriptivos. Suponemos que así como los objetos y los lugares de la Gran Bretaña han recibido su nombre de palabras que en un principio no eran más que una descripcion improvisada fijada luego por el uso, así tambien los apellidos salvajes: Cara larga, Cabeza calva, Cabeza rizada, Cola de caballo, son los apodosos significativos por donde ha empezado el apelativo. Pero las cosas no han pasado así. La necesidad de designar á un niño que carece aun de carácter particular, obliga á referirse á alguna circunstancia de su nacimiento. Angas dice que los Australianos del Bajo-Murray toman sus apellidos de algun